

Manual de exilio

En este libro de Velbor Cólíc historia, periodismo, poesía y filosofía alternan con el relato autobiográfico

MANUEL PECELLÍN

El exilio es un fenómeno seguramente tan antiguo como la humanidad, más identificable desde que en el neolítico el hombre se asienta en lugares que va a considerar propios: tribus, agrupaciones sociales, pueblos que se ven forzados por otros a salir del hogar de sus mayores para salvar la vida o encontrar mejores fórmulas de subsistencia. Entre nosotros, así lo sufrirían hispanogodos, andalusíes, judíos, moriscos, constitucionalistas, liberales, republicanos... por no decir las multitudes emigradas durante siglos al Nuevo Continente o las contemporáneas rumbo a Europa, por no decir

el continuo flujo interior desde las regiones pobres a las más ricas (no siempre las mismas a lo largo de la historia).

Mucho sabe de exilios Velbor Cólíc, natural de Modrica (1964), pequeña población al norte de Bosnia-Herzegovina, en la antigua Yugoslavia. La locura bélica que arrasó buena parte de los Balcanes también hubo de sufrirla este hombre, que había estudiado literatura en Sarajevo y Zagreb. Periodista, trabajaba en la radio como responsable de las emisiones de rock y jazz, sin omitir la creación. Redujeron su casa a cenizas; perdió los originales de algunas obras y, alistado por fuerza en el ejército, vio morir —muchas veces— a las circunstancias más horribles— a innumerables personas. Su novela Los bosnios (Le Serpent en Plumes, 1994), también editada por Periferica, 2013, constituye un testimonio escalofriante de aquella locura.

Cólíc desertó (1992), fue encar-

celado, pudo huir y, tras duro peli-gro, logró llegar a Francia: «Tengo veintiocho años y llego a Rennes con tres palabras de francés por todo equipaje: Jean, Paul y Sartre. También llevo mi cartilla militar, cincuenta Deutsche Mark, un boli y una gran bolsa de deporte, color verde de aceituna, de marca yugoslava. Su contenido es escaso: un manuscrito, algunos calcetines, un jabón deforme (parece una rana muerta), una foto de Emily Dickinson, una camisa... un rosario, dos postales de Zagreb (sin usar) y un cepillo de dientes». Así comienza su obra sobre el exilio, donde evocará lo más relevante de cuanto le accade hasta convertirse en un escritor famoso.

Sin duda, quien tras atravesar Croacia, Eslovenia, Austria y Alemania acude al centro de acogida para solicitantes de asilo en Rennes, llega mucho mejor preparado que la mayoría, pero no sin tremendos desgarrones psicológicos. No mucho le ayudarán a recomponer-

se el recurso al alcohol, el sexo, los viajes u otras evasiones, de las que se van dando cuenta en estas páginas, no sin un enorme sentido del humor. (Abundan los chistes, algunos bastante malos o muy conocidos). Poco a poco, este 'Hemingway de los Balcanes' —recuerda irónicamente que así lo calificaba la crítica—, que se dice poeta y filósofo, amén de narrador, va a convertirse en figura de las letras. Contribuyen la buena acogida, como la estancia durante un año en el Parlamento de los escritores de Estrasburgo, y el rápido éxito editorial. Hoy reside en Breñaña, impartiendo talleres de escritura.

No obstante, tendrá que convivir con los fantasmas invasores de su espíritu, un aluvión de huesos secos y fosas comunes, de torturas, violaciones y horrores miles desencadenados por la guerra (con más de 100.000 víctimas y 1.800.000 personas desplazadas). Se comprende que lo asalten y nos los dibuje en



MANUAL DE EXILIO

Subtítulo: *Cómo aprobar su exilio en treinta y cinco lecciones. Autor: Velbor Cólíc. Editorial: Periferica. Cáceres, 2017. 240 páginas. Precio: 18,40 euros*

cualquier pasaje de Manual de exilio, texto fragmentario, donde historia, periodismo, poesía y filosofía alternan con el relato autobiográfico. Y eso pese a que el autor se dice ya reconciliado con la humanidad. Para sobrevivir, son impagables las lecciones recibidas de gente como de los gitanos Mehmet Bairami o Jozsef Farkas; el habil carterista José Miguel 'El Mariposa' el sabio Nikola o tantas amigas encontradas en París, Milán, etc. También algún encuentro ocasional, como el que tuvo con Salman Rushdie, otro que tanto sabe de persecuciones y de quien se hace un magnífico retrato.

la jet de papel

Samantha Schweblin

Escritora

La escritora argentina Samantha Schweblin (Buenos Aires, 1978) es una de las diez finalistas del premio Man Booker International, uno de los más prestigiosos del mundo, que reconoce a la mejor obra de ficción traducida al inglés durante el año. La novela de Schweblin, 'Distancia de rescate', que fue



editada en 2014 por Literatura Random House, ha sido traducida al inglés con el título de 'Fever Dream' por Megan McDowell, que compartiría con la autora el montante del premio en caso de obtenerlo. Schweblin ha destacado hasta ahora por sus libros de relatos, en especial 'Siete casas vacías', que recibió en 2015 en España el Premio Internacional de Narrativa Breve de Ribera del Duero y el Tigre Juan.

Henry David Thoreau

Escritor

Uno de los libros seminales de la ensayística norteamericana es 'Walden o la vida en los bosques', de Henry David Thoreau. Constituye una especie de diario sobre la existencia aislada en la naturaleza que llevó durante los dos años que vivió en una mínima cabaña de madera en las cercanías del lago



Walden. «Tengo tres sillas en mi casa, una para la soledad, otra para la amistad y otra para la sociedad», escribió. Una cuarta silla acaba de ser añadida ahora por un nuevo videojuego basado en la vida del escritor en los bosques de Concord, en las proximidades de su amigo Emerson, apartado de casi todos sus semejantes y empeñado en lograr la máxima soledad en una íntima comunión con la naturaleza.

Gozos de la vista

Guy Talese cuenta la historia de un hombre de una ciudad de Colorado en la que había comprado un motel para dar rienda suelta a sus instintos de voyeur

ENRIQUE GARCÍA FUENTES

Me apropié conscientemente del título de Dámaso Alonso, pero cuento con incontestables motivos para hacerlo. Y *jojo*, no lo digo yo; lo dice, categóricamente, la mujer del protagonista de esta desquiciante historia: «Solo el diez por ciento de las mujeres son voyeurs, mientras que casi el cien por cien de los hombres lo son»; y esto lo corrobora el incommensurable esposo: «Casi todas las mujeres prefieren que las miren a mirar a los demás, cosa que explica en parte por qué los hombres gastan fortunas en el porno y las mujeres en cosméticas». Ahí queda eso. Verán; voy a tratar de ser mera-

mente descriptivo. Voy a limitarme a contarles, muy por encima, de qué va el libro, pero voy a guardarme extraordinariamente de emitir juicio alguno de valor acerca de lo que en este estúpido texto se cuenta. Nada que objetar, vaya esto por delante, a la escritora, a la manera de contarle, que es impecable, como todo lo que Guy Talese, el maestro indudable de la literatura de no-ficción, acomete; pero la verdad es que el asunto tiene miga: en síntesis nuestro autor recibió una carta de un misterioso hombre de Aurora, una ciudad mediana del estado de Colorado en los EE UU, en la que le hacía partícipe de un secreto sorprendente: había comprado un motel para dar rienda suelta a sus instintos de voyeur. Para lograrlo sin que nadie se percatara, aprovechando un tejado a dos aguas, en los conductos de ventilación había instalado lo que llamaba una «plataforma de observación» a través de la cual espiaba a sus clientes. Tentado por tan alucinante confesión, aunque con muchas preven-



EL MOTEL DEL VOYEUR

Autor: Guy Talese. Editorial: Alijara. Madrid, 2016. 232 páginas. Precio: 19,90 euros

ciones en contra de todo, Talese viajó entonces a Colorado y allí conoció a Gerald Foos y pudo comprobar con sus propios ojos la veracidad de la historia.

Lo primero que pensará cualquiera al afrontar la lectura de esta historia (ya digo, al parecer, rigurosamente real) es que estamos ante un simple salido. Pero lo curioso es que, según confiesa el tal Gerald, contó, desde el primer momento con la connivencia de Donna, su primera esposa, y más tarde con la de Anita, su segunda mujer. Aunque hay que destacar que además de la excitación y el morbo que estas incursiones en la vida privada les podían aportar, el propietario del Motel 'Manor House' llevaba, además, un diario en el que presenta su actividad como si

de un objetivo pseudosociológico se tratara. Dicho de otra manera, Foos, para sí mismo, es pionero de la investigación sexual, más auténtico y legítimo que los del famoso Instituto Master&Johnson, cuyas investigaciones revolucionaron los estudios sexuales allá por los años 60 y 70, pues él recalca en todo momento que su 'material' —al ser obtenido sin el consentimiento de los implicados— resulta mucho más veraz y sincero, por lo tanto, más fiable. Lo cierto es que, de hacerle caso, a través de las mirillas desde las que observaba a las parejas (preferiblemente atractivas) Foos ha sido testigo directo, tras tantos años de observación directa, del cambio producido en las costumbres sociales y sexuales de su país.

Pero como lectores (y mirones quizá no confesos) lo que de verdad nos atrae de la peripecia es el estudio que podemos hacer, más que de la naturaleza humana (que es algo que ha suscitado la curiosidad desde siempre), de su patología. Ser un mirón es una posición que no se admite en público y tiene, obviamente, unas limitaciones que terminan por condicionar la vida diaria de cualquiera. Estamos ante una fascinante (no puedo evitar el adjetivo) narración repleta de datos y fechas en la que se cuentan encuentros sexua-

les de personas que sólo coinciden en no saber que estaban siendo observadas: en lo demás, todas las tipologías: adulteras o no, del mismo sexo o no, interracial... y hasta alguna sorpresa que agrava, más si cabe, la dudosa ética de lo que ocurrió y que se cuenta ahora, según confiesa el autor, con la connivencia del protagonista que, más de treinta y cinco años después, consiente ahora que se publique lo que narra y se cite explícitamente su nombre; tal vez porque los posibles delitos que se cometieran han prescrito.

Talese desaparece prácticamente de la narración; es el propio Gerald quien narra con mucho detalle los pormenores de su práctica y lo que a través de las mirillas observaba: allí, sin poder apartar la vista, vamos de lo erótico a lo grotesco, nos sorprendemos de muchas cosas, nos enfadamos muchísimo a veces, nos partimos de risa otras, nos estremecemos hasta el tuétano en alguna... Y es que la naturaleza humana puede ser un laberinto perturbador, y como todas aquellas cosas perturbadoras, una vez empiezan a mostrarse, es difícil que el lector aparte la vista de ellas. ¿Cómo evitar desde ahora no fijarnos escrupulosamente en los techos de las habitaciones que nos cobijen?